

pregunta; y que, si vuesa merced quisiere saber más, que el viernes venidero responderá á todo lo que se le preguntare, que por ahora se le ha acabado la virtud, que no le vendrá hasta el viernes, como dicho tiene.

5 — ¿No lo decía yo, — dijo Sancho, — que no se me podía asentar que todo lo que vuesa merced, señor mío, ha dicho de los acontecimientos de la cueva era verdad, ni aun la mitad?

— Los sucesos lo dirán, Sancho, — respondió D. Quijote; — que el tiempo, descubridor de todas las cosas, no se deja ninguna que  
10 no la saque á la luz del sol, aunque esté escondida en los senos de la tierra. Y por ahora baste esto, y vámonos á ver el retablo del buen maese Pedro, que para mí tengo que debe de tener alguna novedad.

— ¿Cómo alguna? — respondió maese Pedro. — Sesenta mil en  
15 cierra en sí este mi retablo. Dígole á vuesa merced, mi señor D. Quijote, que es una de las cosas más de ver que hoy tiene el mundo. Y *operibus credite, et non verbis*; y manos á la <sup>a</sup> labor, que se hace tarde y tenemos mucho que hacer y que decir y que mostrar. »

Obedecieronle D. Quijote y Sancho, y vinieron donde ya estaba  
20 el retablo puesto y descubierto, lleno por todas partes de candelillas de cera encendidas, que le hacían vistoso y resplandeciente. En llegando se metió maese Pedro dentro dél, que era el que había de manejar las figuras del artificio, y fuera se puso un muchacho, criado del maese Pedro, para servir de intérprete y declarador de  
25 los misterios del tal retablo. Tenía una varilla en la mano, con que señalaba las figuras que salían. Puestos, pues, todos cuantos había en la venta, y algunos en pie, frontero del retablo, y acomodados D. Quijote, Sancho, el paje y el primo en los mejores lugares, el trujamán comenzó á decir lo que oirá y <sup>b</sup> verá el que le <sup>c</sup> oyere, ó  
30 viere el capítulo siguiente.

*a. ...manos á labor.* C., BR., TON., A.,  
BOW., ARR. — *b. ...oirá ó verá.* ARG.,  
BENJ. — *c. ...el que oyere.* ARR. — *...el que leyere á oyere.* ARG., BENJ.

parte, dice D. Quijote, con referencia á esto mismo, «que parte de aquellas cosas eran *verdad* y parte *mentira*».

No tuvieron en cuenta entrambos críticos que, aun siendo, como lo es, una misma la idea expresada en uno y otro capítulo, no corren, sin embargo, parejas la cultura del héroe y la truhanesca de Ginés de Pasamonte: habló éste sin escrúpulos de purista, con la libertad de quien no para mientes en la elección de las palabras; aquél, atinado y juicioso en el habla, se produjo sin ofensa de la propiedad, óptima virtud del lenguaje, que abre como si dijéramos con llave de oro los secretos del alma.



## CAPÍTULO XXVI

Donde se prosigue la graciosa aventura del titerero, con otras cosas en verdad harto buenas

5 **C**ALLARON todos, tirios y troyanos (quiero decir, pendientes estaban, todos los que el retablo miraban, de la boca del declarador de sus maravillas), cuando se <sup>a</sup> oyeron sonar en el retablo cantidad de atabales y trompetas y <sup>b</sup> dispararse mucha artillería, cuyo rumor

*a. ...quando oyeron. PELL. — b. ...trompetas dispararse. GASP.*

Aquel bribonazo de Ginés de Pasamonte, más criminal que todos sus compañeros juntos; perseguido por la Santa Hermandad, refugiado en Sierra Morena, que tornó á la vida de ladrón en el instante de recobrar su libertad; es el mismo que, presentándose ahora en la venta bajo la incógnita figura de maese Pedro (regocijada creación de Cervantes), da materia á la inimitable, á la prosa divina de este capítulo, historia «sacada al pie de la letra de las corónicas francesas y de los romances españoles que andan en boca de las gentes y de los muchachos por esas calles»; siendo, finalmente, todo ello, como dice la crítica sin prejuicios, el triunfo soberano del humorismo romántico.

Si, el triunfo del humorismo, porque la ironía derramada aquí por el autor viene á destruir el artificio de la leyenda caballeresca; pues Carlomagno, dando coscorriones (como dicen respetables autores) á Gaiferos, pierde su grandeza imperial, y hasta la de su propio nombre; y Melisendra, colgada del faldellín, con menoscabo de su honestidad, degenera en dama ridícula de sainete. En suma, ¿qué nos importan ya las correrías del héroe después de lo que dice el muchacho del retablo?

**Línea 4.** *Callaron todos, tirios y troyanos.* — Conociera ó no la traducción que de *La Eneida* hizo Gregorio Hernández de Velasco, prueba esta introducción, cómica en verdad, que Cervantes había estudiado Humanidades, no sin aprovechamiento, pues aun en burlas aplicaba pasajes como el de este verso: «*Conticuere omnes, intentique ora tenebant.*»

pasó en tiempo breve; y luego alzó la voz el muchacho y dijo:  
 « — Esta verdadera historia, que aquí á vuestas mercedes se repre-  
 senta, es sacada al pie de la letra de las corónicas francesas y de  
 los romances españoles que andan en boca de las gentes y de los  
 5 muchachos por esas calles. Trata de la libertad que dió el señor  
 D. Gaiferos á su esposa Melisendra, que estaba cautiva en España,  
 en poder de moros, en la ciudad de Sansueña, que así se llamaba  
 entonces la que hoy se llama Zaragoza. Y vean vuestas mercedes  
 allí como está jugando á las tablas D. Gaiferos, según aquello que  
 10 se canta:

« Jugando está á las tablas Don Gaiferos,  
 Que ya de Melisendra está olvidado. »

3. ...sacada al pie de la letra de las corónicas francesas y de los romances es-  
 pañoles que andan en boca de las gentes y de los muchachos por esas calles. — Uno  
 de los cantares de gesta franceses que se hicieron populares acá en España  
 fué el de D. Gaiferos. El nombre de Melisendra, prototipo de la esposa fiel,  
 recuerda vagamente el de Belissent, que suena con elogio en el poema *Amis  
 et Amile*. La escena de la hermosa cautiva, que desde la ventana de su prisión  
 pide noticias á los caballeros que por allí aciertan á pasar, diríase inspirada,  
 como oportunamente notó Milá, en aquel otro poema intitulado *Aye d'Avi-  
 gnon*, hijuela de los grandes hechos de Gerardo de Rosellón y de los cuatro  
 hijos de Aymón.

Durán trae hasta ocho romances: populares unos, artísticos otros. Wolf,  
 celebrado hispanista, hizo una selección de estas joyas, dando cabida en su  
*Primavera* á cuatro de ellas. También penetró en el teatro el paladin francés,  
 pero no con el carácter caballeresco que prestaron nombre á sus correrías,  
 sino como tipo grotesco para entremeses y mojigangas: tal acontece en el *En-  
 tremés de Melisendra* (malamente atribuido á Lope de Vega) y en *Una mojiganga  
 de Don Gaiferos*. Si en Portugal y en otras regiones de la Península Ibérica  
 todavía se cantan los romances del esposo de Melisendra, ¿ cómo maravillarse  
 de que maese Pedro recorriera con éxito un día y otro los pueblos de la Man-  
 cha, explotando un asunto favorito al pueblo?

11. « Jugando está á las tablas Don Gaiferos. —  
 Pertenece este verso, que hoy goza de fama duradera, á la primera de las  
 siete octavas que el divino Miguel Sánchez (1) dedicó á la prisión de Melisendra.

(1) El año de 1613 (en el *Viaje del Parnaso*, cap. 2), dijo Cervantes:

« Miguel Cejudo y Miguel Sanchez vienen  
 Juntos aquí. ¡ Oh par sin par! En estos  
 Las sacras musas fuerte amparo tienen. »

Dos años antes nos había hablado ya, el autor, de

« El divino Miguel Sanchez »

(como le llamaba también Rojas Villandrando), y vuelve á nombrarle con grande apre-  
 cio en el prólogo de las *Comedias*. Pero ni tan repetidos elogios, aunque se les junte el  
 de Lope de Vega en el *Laurel de Apolo*, le habrían inmortalizado como ciertamente le  
 inmortaliza la cita de Cervantes.

Y aquel personaje que allí asoma, con corona en la cabeza y cetro

Pellicer y Clemencin las suponían inéditas; mas, publicadas en 1601 en un  
 pliego suelto de Toledo, las trajo Salvá, tras largo periodo de ostracismo, al  
 Catálogo de su Biblioteca (n.º 106); y, aunque no resplandece en ellas el hechizo  
 de esos rasgos poéticos que hacen de composiciones semejantes otras tantas  
 joyas literarias, las trasladamos íntegras á estas páginas, ya porque no son  
 conocidas de todos, ya para que sirvan de cotejo con los romances juglarescos  
 que corren acerca de D. Gaiferos:

« Jugando está á las tablas Don Gaiferos,  
 Que ya de Melisendra está olvidado,  
 Cuando el famoso Carlos y Oliveros  
 Á ver el juego juntos han entrado  
 Con otros valerosos caballeros  
 De aquellos de los Doce, que á su lado  
 Jugaban, y á su mesa los ponía,  
 Porque esto su valor lo merecía.

Entrando, pues, Don Carlos el famoso  
 Y su persona ya reverenciada,  
 Con rostro triste, airado y temeroso  
 Pregunta á Don Gaiferos por su amada,  
 Diciéndole: « — Sobrino, muy ocioso  
 Estais siendo mi hija captivada;  
 Si fuérades valiente caballero,  
 Vos fuérades rescate y no el dinero. » —

Gaiferos dejó el juego comenzado,  
 Y á Don Roldan sus armas le ha pedido,  
 Las cuales Don Roldan no le ha negado  
 Por ser d'él en extremo tan querido;  
 Y luego en su caballo ha cabalgado,  
 Y á Durindana al lado se ha ceñido,  
 Espada que fué de Hektor el troyano,  
 Ganada por Aquiles el greciano.

Airado va Gaiferos á Sansueña,  
 Ciudad donde su esposa está cautiva,  
 Y al cielo su palabra da y empeña  
 De no volver sin ella mientras viva;  
 Al mundo tiene en poco y le desdenea  
 Alzando escudo y lanza en voz muy viva,  
 Y á cuantos topa y ve con mano armada  
 En ellos prueba el filo de su espada.

Un viernes á Sansueña llegó á tiempo  
 Que todos ya en la mezquita estaban,  
 Haciendo la Zala con pasatiempo,  
 Fiesta que en aquel día se guardaba;  
 Teniendo relacion de tan buen tiempo  
 Que un cristiano captivo se la daba,  
 Y viendo la ocasion y coyuntura,  
 Entróse en la ciudad pagana y dura.

Á vista del palacio ya llegaba,  
 Sin ser de nadie visto ni sentido,  
 Cuando de una ventana le llamaba

en las manos, es el emperador Carlo Magno, padre putativo de la tal Melisendra, el cual, mohino de ver el ocio y descuido de su yerno, le sale á reñir. Y adviertan con la vehemencia y ahinco que le riñe, que no parece sino que le quiere dar con el cetro media docena de  
5 coscorriones, y aun hay autores que dicen que se los dió, y muy

Su esposa con el rostro entristecido;  
La cual ante él mil perlas derramaba  
Diciendo: «— Caballero, dame oído  
Porque ese escudo y lanza y esa seña  
No son de las que se usan en Sansueña.  
Suplicooos me digais si sois de Francia,  
Porque ese brio, talle y gallardia,  
Y aquesa bella bélica constancia  
No cabe en la cobarde moreria.»

Gaiferos respondió: «— Ya es arrogancia,  
Señora, porque en mí no hay valentia;  
De Francia soy, mañana vuelvo á ella,  
Mirad en qué os podré servir en ella.»

1. ...Carlo Magno, padre putativo de la tal Melisendra. — No llega, en verdad, aquí la vena satírica á los donaires que la musa picaresca inspiró á Góngora al tratar de este mismo tema; pero, leyendo los versos que siguen, ¿quién no advierte la intencionada falsificación de la leyenda?

«Vuestra esposa tienen moros, — iriadesla á buscare;  
Pésame á mí por ello — porque es mi hija carnale.»

(DURÁN. *Romancero*, n.º 377.)

3. Y adviertan con la vehemencia y ahinco que le riñe, que no parece sino que le quiere dar con el cetro media docena de coscorriones. — La cómica gravedad con que añade «y aun hay autores que dicen que se los dió, y muy bien dados», hace, como todo el pasaje, la parodia de la leyenda.

¡Cómo no ha de provocar á risa el testimonio de tan verídicos autores, cuyos nombres no se citan!

«Asentado está Gayferos — en el palacio reale;  
Asentado está al tablero — para las tablas jugare.  
Los dados tiene en la mano, — que los quiere arrojare,  
Cuando entró por la sala — Don Carlos el emperante.  
De que así jugar lo vido — empezóle de mirare;  
Hablándole está hablando — palabras de gran pesare:  
— Si así fuédeses, Gayferos, — para las armas tomare,  
Como sois para los dados, — y para tablas jugare,  
Vuestra esposa tienen moros, — iriadesla á buscare;  
Pésame á mí por ello — porque es mi hija carnale.  
De muchos fué demandada, — y á nadie quiso tomare:  
Pues con vos casó por amores, — amores la han de sacare;  
Si con otro fuera casada — no estuviera en catividade. —  
Gayferos cuando esto vido, — movido de gran pesare  
Levantóse del tablero — no queriendo más jugare,  
Y tomándolo en las manos — para haberlo de arrojare.»

(DURÁN. *Romancero*, n.º 377.)

bien dados; y, después de haberle dicho muchas cosas acerca del peligro que corría su honra en no procurar la libertad de su esposa, dicen que le dijo:

« ¡ Harto os he dicho, miradlo<sup>a</sup>! »

Miren vuestas mercedes también como el emperador vuelve las<sup>b</sup> es- 5  
paldas y deja despechado<sup>c</sup> á D. Gaiferos, el cual ya ven como arroja<sup>d</sup>, impaciente de la cólera, lejos de sí el tablero y las tablas, y pide apriesa las armas, y á D. Roldán, su primo, pide prestada su espada Durindana; y como D. Roldán no se la quiere prestar, ofre-

a. ...miraldo. V.3, BAR. — b. ...empe- | do. C.4, BR.4,3, BAR., BOW. — d. ...como  
rador vuela la. BOW. — e. ...de spacha- | impaciente de la cólera arroja. TON.

4. « ¡ Harto os he dicho, miradlo! » (1)

Con no ser el mejor de los romances que se escribieron sobre este asunto, el de Miguel Sánchez se ha hecho célebre por su cita:

«Melisendra está en Sansueña  
Vos en Paris descuidado;  
Vos ausente, ella mujer,  
¡ Harto os he dicho, miraldo!... »

7. ...arroja, impaciente de la cólera, lejos de sí el tablero y las tablas. — De como marchan paralelos el texto y el romance, lo acreditan estos versos:

«Gayferos cuando esto vido, — movido de gran pesare  
Levantóse del tablero — no queriendo más jugare,  
Y tomáralo en las manos — para haberlo de arrojare,  
Si no por quien con él juega, — que era hombre de linaje.»

(DURÁN. *Romancero*, n.º 377.)

8. ...pide prestada su espada Durindana; y como D. Roldán no se la quiere prestar. —

«— Por Dios os ruego, mi tío, — por Dios os quiero rogare,  
Vuestras armas y caballo — vos me lo queráis prestare,  
Que mi tío el Emperante — tan mal me quiso tratare,  
Diciendo que soy para juego — y no para armas tomare.  
Bien lo sabeis vos, mi tío, — bien sabeis vos la verdade,  
Que pues busqué á mi esposa — culpa no me deben dare.  
Tres años anduve triste — por los montes y los valles  
Comiendo la carne cruda, — bebiendo la roja sangre,  
Trayendo los pies descalzos, — las uñas corriendo sangre.  
Nunca yo hallarla pude — en cuanto pude buscare:  
Ahora sé que está en Sansueña, — en Sansueña, esa ciudade,  
Sabeis que estoy sin caballo, — sin armas otro que tale,  
Que las tiene Montesinos, — que es ido á festejare

(1) Tal es la lección de Cuesta, de la que sólo se apartaron las ediciones de Valencia y Barcelona.

ciéndole su compañía en la difícil empresa en <sup>a</sup> que se pone. Pero el valeroso enojado no lo <sup>b</sup> quiere aceptar, antes dice que él solo es bastante para sacar á su esposa, si bien estuviese metida en el más hondo centro de la tierra; y <sup>c</sup>, con esto, se entra á armar para ponerse luego en camino. Vuelvan vuesas mercedes los ojos á aquella torre que allí parece <sup>d</sup>, que se presupone que es una de las torres del alcázar de Zaragoza, que ahora llaman la Aljafería; y aquella dama que en aquel balcón parece, vestida á lo <sup>e</sup> moro, es la sin par Melisendra, que desde allí muchas veces se ponía á mirar el camino de Francia, y, puesta la imaginación en París y en su esposo, se consolaba en su cautiverio. Miren también un nuevo caso que ahora sucede, quizá no visto jamás. ¿No ven aquel moro que, callandico y pasito á paso, puesto el dedo en la boca, se llega por las espaldas de Melisendra? Pues miren como la da un beso en mitad de los labios, y la priesa que ella se da á escupir y á limpiárselos con la blanca manga de su camisa; y como se lamenta y se arranca, de

*a. ...empreña que. TON. — b. ...no la quiere. TON., GASP., MAI. — c. ...tierra con. BR., TON. — d. ...aparece. GASP. — e. ...a la moro. V., BAR.*

Allá á los reinos de Hungría — para torneos armare,  
Y yo sin caballo y armas — mal la podré libertare;  
Por esto os ruego, mi tío, — las vuestras me querades dare. —  
Don Roldan de qu'esto oyó — tal respuesta le fué dare:  
— Callad, sobrino Gayferos, — no querades hablar tale;  
Siete años vuestra esposa — ha que está en captividade;  
Siempre os he visto con armas — y caballo otro que tale,  
Agora que no las teneis — la quereis ir á buscare.  
Sacramento tengo hecho — allá en San Juan de Letrane  
Á ninguno prestar armas, — no me las hagan cobardes:  
Mi caballo está bien vezado, — no lo querría mal vezare. —»

(DURÁN. *Romancero*, n.º 377.)

1. *Pero el valeroso enojado no lo quiere aceptar.* — Para los que se remontan tan alto que, como dice Horacio, *caplant nubes et inania*; para los que no descienden jamás á pormenores como el de advertir al lector que *enojado* hace aquí veces de sustantivo; es nota baldía, propia de fanatismo cervántico.

7. *...y aquella dama que en aquel balcón parece, vestida á lo moro.* — «Derecho se va á la plaza, — á la plaza la más grande. Allí estaban los palacios — donde el Rey solía estare; Alzó los ojos en alto — por los palacios mirare, Vido estar á Melisendra — en una ventana grande Con otras damas cristianas — qu'están en captividade.»

(DURÁN. *Romancero*, n.º 377.)

pesar, sus hermosos cabellos, como si ellos <sup>a</sup> tuvieran la culpa del maleficio. Miren también como aquel grave moro, que está en aquellos corredores, es el rey Marsilio de Sansueña, el cual, por haber visto la insolencia del moro, puesto que era un pariente y gran privado suyo, le mandó <sup>b</sup> luego prender y que le den docientos azotes, llevándole por las calles acostumbradas de la ciudad, con chilladores delante y envaramiento detrás. Y veis <sup>c</sup> aquí donde salen á ejecutar la sentencia, aun bien apenas no habiendo sido puesta en ejecución la culpa; porque entre moros no hay traslado á la parte, ni á prueba y estése, como entre nosotros.

— Niño, niño, — dijo, con voz alta, á esta sazón D. Quijote: — seguid vuestra historia línea recta, y no os metáis en las curvas ó transversales <sup>d</sup>; que, para sacar una verdad en limpio, menester son muchas pruebas y repruebas.»

También dijo maese Pedro, desde dentro: «— Muchacho: no te metas en dibujos, sino haz lo que ese señor te manda, que será lo más acertado. Sigue tu canto llano, y no te metas en contrapuntos, que se suelen quebrar de sotiles <sup>e</sup>».

— Yo lo haré así», respondió el muchacho. Y prosiguió diciéndole: «— Esta figura que aquí parece á caballo, cubierta con <sup>f</sup> una capa gascona, es la mesma de D. Gaiferos, á quien <sup>g</sup> su esposa <sup>h</sup>, ya vengada del atrevimiento del enamorado moro, con mejor y más sosegado semblante se ha puesto <sup>i</sup> á los miradores de la torre <sup>j</sup>, y habla con su esposo, creyendo que es algún pasajero, con

*a. ...fi aquellos tuieren la. V., BAR. — b. ...le manda luego. CL. — c. ...y veis aquí. BR., — d. ...transversales. A., ARR., CL., RIV., GASP., FK. — e. ...de sotiles. TON., BOW. — f. ...cubierta de una. PELL. — g. ...Gaiferos cuando su. FK. — h. ...á quien su esposa esperaba,*

*y ya vengada. A., ARR., PELL., RIV., GASP., MAI. — ...á quien su esposa ha visto ya vengada. ARG., — ...á quien no olvidaba su esposa y ya vengada. CL. — i. ...semblante, puesta á. TON., ARG., BENJ. — j. ...torre, sin conocerle ha visto, y habla. BENJ.*

21. *...es... D. Gaiferos, á quien su esposa, ya vengada del atrevimiento del enamorado moro..., se ha puesto á los miradores de la torre, y habla con su esposo.* — Tan desencuadrada aparece la cláusula transcrita, que la Academia, en su edición de 1819, se creyó autorizada á modificarla de esta suerte: «...es... D. Gaiferos, á quien su esposa *esperaba*, y ya vengada del atrevimiento del enamorado moro, con mejor y más sosegado semblante se ha puesto á los miradores de la torre, y habla con su esposo.»

Si valiera retocar tan venerable monumento como el *Don Quijote*, pudiera acaso decirse: «...es... D. Gaiferos, á quien su esposa, con mejor y más sosegado semblante (vengada ya del atrevimiento del enamorado moro), se ha puesto á mirar desde la torre, y habla con su esposo, cuando en realidad creía ser algún otro pasajero.»

quien pasó todas aquellas razones y coloquios de aquel romance que dice <sup>a</sup>:

« Caballero, si á Francia ides,  
Por Gaiferos preguntad »;

5 las <sup>b</sup> cuales no digo yo ahora porque de la prolijidad se suele engendrar el fastidio. Basta ver como D. Gaiferos se descubre, y que,

*a. ...que dicen. C., BR., BAR., BOW. — b. ...los cuales. GASP.*

3. « Caballero, si á Francia ides. —  
« Caballero, si á Francia ides, — por Gayferos preguntade,  
Decidle que la su esposa — se le envia á encomendare. »

(DURÁN. *Romancero*, n.º 377.)

La popularidad del romance transcrito queda probada con sólo citar el comienzo de este otro, que, como se echa de ver, es simple remedo, imitación ó mudanza del anterior:

« Caballero, si á Francia ides, — por mi señor preguntad. »

(DURÁN. *Romancero*, n.º 319.)

5. *...las cuales no digo yo ahora* (las razones y coloquios) *porque de la prolijidad se suele engendrar el fastidio.* — Muy en armonía con el *rapit auditorem*, la novela, al fin obra artística, huye de la enfadosa prolijidad; mas, como al comentador del *Quijote* no le solicita el mismo deber que á su autor, van á continuación los razonamientos que pasaron entre Gaiferos y Melisendra:

« Vido estar á Melisendra — en una ventana grande  
Con otras damas cristianas, — qu'están en captividade.  
Melisendra que lo vido — empezara de llorare,  
No porque lo conociese — en el gesto ni en el traje,  
Mas en verlo con armas blancas — acordóse de los pares,  
Acordóse de los palacios — del Emperador su padre,  
De justas, galas, torneos, — que por ella solían armare.  
Con voz triste y muy llorosa — le empezara de llamare:  
— Por Dios os ruego, caballero, — queráisos á mi llegare;  
Si sois cristiano ó moro — no me lo queráis negare,  
Daros he unas encomiendas, — bien pagadas os serane:  
Caballeros, si á Francia ides, — por Gayferos preguntade,  
Decidle que la su esposa — se le envia á encomendare,  
Que ya me parece tiempo — que la debía sacare.  
Si no me deja por miedo — de con los moros pelear,  
Debe tener otros amores, — de mí no lo dejan acordare:  
¡ Los ausentes por los presentes — ligeros son de olvidare!  
Aun le diréis, caballero, — por darle mayor señale,  
Que sus justas y torneos — bien las supimos acae.  
Y si estas encomiendas — no recibe con solace,  
Daréislas á Oliveros, — daréislas á Don Roldane,  
Daréislas á mi señor, — el Emperador mi padre:  
Diréis como está en Sansueña, — en Sansueña esa ciudade;  
Que si presto no me sacan — mora me quieren tornare:

por los ademanes alegres que Melisendra hace, se nos da á entender que ella le ha conocido, y más ahora que vemos se descuelga del balcón para ponerse en las ancas del caballo de su buen esposo. Mas ¡ay sin ventura, que se le ha asido una punta del faldellín de uno de los hierros del balcón, y está pendiente en el aire sin poder 5 llegar al suelo! Pero veis como el piadoso cielo socorre en las mayores necesidades; pues llega <sup>a</sup> D. Gaiferos, y, sin mirar si se rasgará ó no el rico faldellín, ase de ella, y mal <sup>b</sup> su grado la hace bajar al suelo, y luego de un brinco la pone sobre las ancas de su caballo á horcajadas, como hombre, y la manda que se tenga fuertemente y le eche los brazos por las espaldas, de modo que los cruce en el pecho por que no se caiga, á causa que no estaba la señora Melisendra acostumbrada á semejantes caballerías. Veis también como los relinchos del caballo dan señales que va contento con la valiente y hermosa carga que lleva en su señor y en su señora. 15 Veis como vuelven las espaldas y salen de la ciudad, y alegres y regocijados toman de París la vía. ¡ Vais en paz, oh par sin par de

*a. ...pues lleve Don. BR., — b. ...mal de su. TON., A., PELL., ARR., MAI.*

Casarme han con el Rey moro — que está allende la mare;  
De siete reyes de moros — Reina me hacen coronare;  
Segun los reyes me acuitan — mora me harán tornare;  
Mas amores de Gayferos — no los puedo yo olvidare. —  
Gayferos que esto oyera — tal respuesta le fué á dare:  
— No lloreis vos, mi señora, — no queráis así llorare,  
Porque esas encomiendas — vos mesma las podeis dare,  
Que á mi allá dentro en Francia — Gayferos suelen nombrare.  
Soy el infante Gayferos — señor de París la grande,  
Primo hermano de Oliveros, — sobrino de Don Roldane,  
Amores de Melisendra — son los que acá me traen. —  
Melisendra qu'esto vido — conociólo en el hablare. »

(DURÁN. *Romancero*, n.º 377.)

2. *...y más ahora que vemos se descuelga del balcón... Mas ¡ay sin ventura, que se le ha asido una punta del faldellín.* — Sólo el humor, perpetuo numen de nuestro novelista, pudo inspirarle, para fiesta y regocijo de aquellos espectadores, la ridícula caricatura de la fiel y pudorosa Melisendra, pendiente de un clavo por habersele asido la punta del faldellín.

Menos picaresco, el romance se ciñe á pintárnosla tirándose del balcón, si, pero sin menoscabo de su honestidad:

« Melisendra qu'esto vido — conociólo en el hablare,  
Tiróse de la ventana, — la escalera fué á tomare,  
Salióse para la plaza — donde lo vido estare  
Gayferos cuando la vido — presto la fué á tomare. »

(DURÁN. *Romancero*, n.º 377.)